



REVISTA
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

ISSN:0120-2367

Fundador:

Alfonso Mora Naranjo

Rector:

Alberto Uribe Correa

Vicerrector general:

John Jáiro Arboleda

Secretario general:

Luquegi Gil Neira

Director:

Elkin Restrepo

Asistente de dirección:

Janeth Posada Franco

Diseñadora:

Luisa Santa

Auxiliar administrativa:

Ana Fernanda Durango Burgos

Corrector:

Diego García Sierra

Comité editorial:

Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,

Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,

César Ospina, Margarita Gaviria,

Luz María Restrepo, Alonso

Sepúlveda, Nora Eugenia Restrepo,

Carlos Vásquez.

Impresión: Imprenta Universidad
de Antioquia, Medellín, Colombia

Correspondencia y suscripciones:

Departamento de Publicaciones,

Universidad de Antioquia

Bloque 28, oficina 233,

Ciudad Universitaria

Calle 67 N.º 53-108

Apartado 1226, Medellín, Colombia

Tel.: (574) 219 50 10, 219 50 14

Fax: (574) 219 50 12

revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:

www.udea.edu.co/revistaudea

Versión digital

www.latam-studies.com

<http://oceanodigital.oceano.com/>

Publicación indexada en: MLA,

Ulrich's, CLASE

Canje: Sistema de Bibliotecas,

Universidad de Antioquia

Bloque 8, Ciudad Universitaria

E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co

Licencia del Ministerio de Gobierno

N.º 00238

La Revista Universidad de

Antioquia no se hace responsable

de los conceptos y opiniones

emitidos en los artículos, los cuales

son responsabilidad exclusiva de

los autores.

minúsculas



El futuro del español

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

En un mundo crecientemente interconectado, cualquier tipo de barrera entre naciones y culturas —económica, cultural o política— está bajo ataque y disminuye día a día. Sin duda, una de las más notables barreras que aún quedan es el idioma. Quizás en un futuro cercano tendremos traductores simultáneos conectados directamente a nuestro cerebro que nos permitirán hablar cualquiera de las lenguas del mundo sin haber estudiado antes su gramática o su vocabulario (no en vano se han dado ya los primeros éxitos en conseguir mover prótesis artificiales a partir de puertos implantados en conexiones nerviosas). Pero incluso si el “traductor universal” entra hoy dentro de los límites de lo posible, lo más probable es que no se alcance pronto y que cuando se desarrolle no sea para todos, sino solo para aquellos que puedan pagarlo. Más probable es que por exceso de contacto los idiomas se “contaminen” entre sí y acabe

surgiendo una nueva lengua común, una auténtica *lingua franca*, que se aprenderá junto con el idioma materno, hasta que lentamente este último vaya desapareciendo. Una posibilidad que el director inglés Michael Winterbottom ha descrito ya en su extraordinaria y épica película *Código 46*, en la que todos los seres humanos del planeta se comunican ya en un idioma *pidgin* —o lengua interlingual—, compuesto por elementos del inglés, el español, el francés, el árabe, el italiano, el farsi y el mandarín.

La inclusión del español dentro de tal mezcla no es casual. Hoy en día se hablan en el mundo más de 7.000 idiomas, y con esas miles de lenguas vivas miles de comunidades humanas comunican diariamente sus necesidades. Pero el español no es una lengua más: con más de 420 millones de hablantes nativos, es el segundo idioma materno más hablado en el mundo, luego del chino mandarín y sus casi mil millones de hablantes. De hecho, si se toma en cuenta a las personas que aprenden a hablar un segundo idioma aparte de su lengua nativa, el castellano solo retrocede un puesto ante el inglés, que reemplaza al chino mandarín en el primer lugar, por lo que, si se hace la suma de hablantes totales, el español mantiene una obvia preminencia como el tercer idioma más hablado del mundo.

Los idiomas no son ajenos a los acontecimientos económicos y políticos. Y la historia del español es una historia imperial, lo que implica que es una historia de “contaminación” y mezcla.

Su principal fuente fue un latín burdo de legionarios y campesinos, “contaminado” por palabras de los íberos, celtas y godos. Más tarde recibió la influencia de los reinos árabes en la península. Y conoció su máxima expansión en el Siglo de Oro español, cuando un barco podía darle la vuelta al mundo sin tener que fondear nunca en un puerto extranjero, gracias a un imperio donde nunca se ponía el sol. Recibió tantas “contaminaciones” entonces, así como antes y después de las guerras de independencia, que hoy el español de la Península es muy distinto al que se habla en los países latinoamericanos y, diga lo que diga la Real Academia de la Lengua, el español ibérico no es mejor o más culto, simplemente distinto... De hecho, quizá lo más interesante en la historia del español está por venir y ocurrirá ante todo de este lado del Atlántico.

En fecha reciente —gracias en parte a la salida de inmigrantes de la península Ibérica por la crisis económica, pero especialmente por la diferencia en la tasa de nacimientos—, Colombia reemplazó a España como el tercer país con más hablantes de castellano en el mundo. Dado que el primero es México, España ya ni siquiera figura en la “lista de medallas”. Además, el peso literario global de los países latinoamericanos en el siglo xx fue mucho mayor que el de la literatura peninsular. El poder de España con relación al idioma —desde el número de libros publicados hasta el peso desproporcionado que tienen los estudios de literatura peninsular si se le compara con el que se da

al estudio de las literaturas de los otros veinte países que tienen al español como su lengua oficial— se basa hoy en factores económicos antes que culturales o incluso históricos, básicamente porque en la península Ibérica están las grandes editoriales y medios, así como los grupos económicos que los respaldan. Pero luego de la crisis económica de 2008, muchos países latinoamericanos van en un ascenso económico —gracias en parte a sus enormes recursos naturales, pero también a que tienen economías menos ficticias que las europeas—, y con ello podemos esperar que pronto vuelvan a surgir lo que aún nos hace falta a los hispanoamericanos: más editoriales como el Fondo de Cultura Económica, capaces de distribuir libros a toda Hispanoamérica, más medios de comunicaciones como Telesur con un alcance continental. Si esto pasa, el centro cultural del español se asentará firmemente en la orilla occidental del Atlántico. Y no será solo al sur del río Bravo.

Además, hay un dato adicional que resulta del todo imprescindible considerar si uno quiere pensar en el futuro del español. Podemos comprobar que aún hoy el castellano conserva su tradición de vincular su propia historia a la del destino de grandes imperios al observar el peso político y económico que tiene el segundo país con más hablantes de español en el mundo: Estados Unidos, una nación que tiene más de cincuenta millones de hablantes de español como primera o segunda lengua, una suma solo superada por México.

Por eso, es casi inevitable que Estados Unidos sea particularmente importante para el futuro del español. No se trata solo de que este país haya sido la potencia dominante del siglo xx y de que posiblemente lo siga siendo en el xxi, sino de que es hoy el laboratorio de mezcla cultural más grande de la historia, y los idiomas aman la promiscuidad, les encanta mezclarse y evolucionar. Valga recordar que no son los académicos, sino los millones de personas que usan un idioma, quienes deciden el futuro de un idioma cada día. En ese sentido, es muy posible que el *spanglish* sea la primera fase de un “español poscastellano”: un idioma de fase media que representará una segunda etapa —no definitiva, pero sí decisiva— en la evolución del nuevo lenguaje global.

El que nos guste o no la idea de un español mezclado con el inglés a quienes aún hablamos hoy un castellano “puro” es otro asunto. ¿Pero ha tenido esto alguna vez importancia? Los resquemores de los puristas no impidieron la mezcla del latín con los dialectos celtas, ni con el árabe, ni con las lenguas indígenas que nos legaron el español como lo conocemos hoy, así que es menos probable aún que impidan la hibridación de las variantes contemporáneas del castellano con un idioma tan difundido hoy a nivel global como lo es el inglés. En ese sentido, la palabra ‘Internet’, más que un anglicismo, puede ser vista como el primer vocablo del idioma global a cuya primera fase de gestación asistimos hoy. ■

agarlon@hotmail.com



La isla de los micos

IGNACIO PIEDRAHÍTA

Los brazos del Amazonas forman la Isla de los micos, una porción de tierra selvática a la que se llega navegando desde Leticia río arriba. El lugar, como su nombre lo indica, es el refugio de varias manadas de monos araña, que están allí porque alguien, hace unas décadas, los llevó. Ese alguien fue Mike Tsalikis, un gringo hijo de inmigrantes griegos, que vino al país a montar un negocio de exportación de fauna. Ciertos animales eran capturados en la selva —por indígenas adiestrados que antes los cazaban—, pero los micos se reproducían en la isla mientras aguardaban el turno de viajar. En ese entonces, el negocio contaba con permiso legal en todas sus facultades.

Dice la leyenda que Tsalikis llegó al Amazonas colombiano en los cincuenta, y que ganó reconocimiento en los sesenta y setenta, no solo por su extravagante oficio, sino también porque se involucró en el desarrollo de Leticia. Fuera del país,

Tsalikis tampoco era un anónimo: por Estados Unidos y Europa circulaba una filmación de *National Geographic* en la que aparecía peleando con una anaconda de seis metros de largo. Por estas y quizá otras hazañas, un funcionario de la embajada en Bogotá viajó a Leticia y lo nombró cónsul.

Pero vinieron tiempos difíciles para Tsalikis a finales de los setenta, cuando el gobierno colombiano le prohibió seguir despachando fauna. Fue entonces cuando decidió dedicar la isla al turismo ecológico: usó lo micos como atracción y se trajo una tribu entera de yaguas a vivir allí, para que el turista viera rarezas sin mucho desplazamiento. Pero eran épocas en las que solo unos pocos se aventuraban por esos lugares y el negocio no tomó vuelo. Cuentan que luego intentó salir a flote con contrabando de mercancía regular, pero tampoco tuvo mayor suerte.

Tal vez no tanto por sentirse pobre, sino por ver pasar tantos nuevos ricos frente a su isla, fue que Tsalikis se metió en el narcotráfico. Lo dudó un tiempo, pero parece que cedió a la tentación cuando alguien le aseguró que la cocaína no era propiamente para uso de los *hippies*, a quienes odiaba. Pero en este negocio, al griego le fue peor. En 1988 lo cogieron con un cargamento de madera de cedro que llevaba clorhidrato camuflado. Él mismo había ido a la Florida a recibirlo, para quedar más cerca de la cárcel en la que estuvo encerrado más de veinte años.

La isla quedó para el uso de los yaguas y de las manadas de monos araña, que siguieron

reproduciéndose en su amplio cautiverio. Hoy lo primero que se ve al llegar al lugar es un vigilante de una empresa privada. La imagen de un hombre con uniforme azul claro y una escopeta en bandolera gravita entre el ridículo y la sospecha. Luego, en tierra firme, un empleado del consorcio Decameron vestido en traje de safari, da la bienvenida a los visitantes. Nos asegura que, siendo la isla propiedad del Estado colombiano a través de la Dirección Nacional de Estupefacientes, nos pertenece a todos. Enseguida pasa cobrando treinta mil pesos a todo el que desee interactuar con los micos. Como estamos con un grupo de estudiantes, los bolsillos protestan. Sin embargo, no hay lugar a regateos. Ni a recibo.

Un humilde indio ticuna, tratado por el empleado como un mono más, nos lleva a conocer los micos. El hombre nos cuenta que su verdadero nombre es Piatac, que significa “lomo hundido”, en referencia a la curvatura que toma la espina dorsal del jaguar cuando se dispone a atacar. Se puede ver que su espalda permanece un poco encorvada, aunque sea por la suavidad que quiere transmitir con sus palabras en dialecto, mientras sus manos se mueven con los ademanes del que quiere acariciar con lo que dice. Luego nos entrega un plátano a cada uno, y los micos vienen a arrebatárnoslo de la mano, con pésimos modales pero sin mala intención. Ese fue todo el acontecimiento, que nos dejó con un sabor de estafa en la boca.

Fue entonces cuando se me hizo más singular la imagen del

griego legendario. Hubiera querido retroceder en el tiempo y haberme quedado en su hotel, bajo el cuidado de sus indios de postal. Sentí que compartía las palabras que dijera el asistente del fiscal que lo acusó: “Es el tipo de persona con quien, en diferentes circunstancias, me habría gustado sentarme a tomar un par de cervezas. Solo para escuchar sus historias”. Al menos el viejo Mike era un tipo que se metía en el barro y se hacía querer y respetar por lo que era. Entre Decameron y el griego, me inclino a favor del segundo. Dicen que, aunque está viejo, ya salió de la cárcel. Y, según cuentan, se pasea por las calles de Miami con ganas siempre de volver a Leticia. **U**

agromena@gmail.com



Repelús

PALOMA PÉREZ SASTRE

La niña dijo pipí, y me dirigí al baño de las visitas. Acaba de cumplir dos años y apenas está empezando a dejar los pañales; había que atender con presteza el pedido. Con ella en brazos, abrí la tapa del inodoro y vi una cosa peluda inmensa, entre roja y café, que me miraba: ¡Una rata! Todo mi cuerpo se conmovió, y de mí salió un sonido vago y tembloroso; la niña gritó por reflejo, pero una chispa de razón me dijo que no debía transmitirle mi espanto. Entonces, no sé cómo, dije: una rata. Tiré la tapa y cerré la puerta del baño. Creo que la niña no vio nada porque aquello con seguridad habría sido motivo de repetida narración. Traté de olvidar, pero el fastidio y la sensación de tener una bestia en el baño que en algún momento podía abrir la puerta y pasearse por la casa, no me abandonó en toda la tarde.

Omití contarle el incidente a mi hija cuando, por la noche, vino a recoger a la niña, y en

{ Novedades }



Vigía del crepúsculo
Hernando García Mejía
Editora Nuevo Mundo
Medellín, 2012

cuanto se fueron llamé a la portera para pedir que un hombre viniera en mi auxilio. El hombre se encerró en el recinto de dos metros cuadrados a evaluar la situación. La indeseable seguía allí y debía matarla: ¿no le da miedo?, le pregunté. Levantó los hombros, sonrió levemente y salió para regresar minutos después con un mazo. Volvió a encerrarse. Ya me imaginaba el chapoteo, la carnicería y mi baño blanco, negro y gris, dedicado a la fotografía y el cine, manchado de rojo y podrido para siempre; pero pronto salió y dijo: ya se fue.

Se había sumergido. Ah, claro, se trataba de una vil rata de alcantarilla. Las malditas, además de ser unas “máquinas perfectas de contaminación”—portan setenta enfermedades, la peste entre ellas—, son expertas buzas y nadadoras; dice en la página de la BBC que pueden nadar hasta setenta y dos horas y que el récord es cuatrocientos kilómetros. Me acosté sin comer. Amanecí con dolor de cabeza y, total, igual tuve que desayunar a tres metros del lugar de los hechos, con el mismo fastidio y las mismas ganas de vomitar que vuelven con esa imagen inmunda que me obliga a levantar las manos del teclado cada tanto para llevármelas a la cara, mientras ahogo el original grito de espanto.

Irrupción de la vida “salvaje” en la comodidad de la vida urbana. A qué grado de asepsia hemos llegado que no consideré siquiera acudir a los gatos, a fuerza de mimos despojados por mí y a priori, de la función sanitaria y heroica que les valió la deificación en Egipto. Los ratoncitos de campo y las

pequeñas serpientes verdes de jardín que han traído de regalo parecían personajes de cuento frente a tal alimaña. Y es que, ahora lo entiendo, llevo dos años habitando el planeta de las canciones infantiles; ese en el que las iguanas se peinan la melena junto al río Magdalena, las serpientes muestran los dientes cuando se ríen, los sapos de camisa verde navegan ríos y los conejitos blancos comen lentejas. Bello pero distante, muy distante, de este mundo real plagado de ratas de alcantarilla y, lo muestra la prensa todos los días, de otros repugnantes roedores...

Y yo que ante la pregunta de cómo haré para enseñarle a la niña que la maldad existe, me había contestado sin dudar: con los cuentos de hadas. ■

sastreperez@gmail.com
Profesora de la Universidad de Antioquia



No lo dejaron terminar

LUIS FERNANDO AFANADOR

Isaak Bábel fue arrestado por “conspiración y terrorismo” en su *dacha* de campo el 15 de mayo de 1939 y llevado a la prisión moscovita de Lubyanka, sede de la policía secreta. Allí permaneció casi un año, y después de un juicio clandestino y sumario fue fusilado en la madrugada del 27 de enero de 1940. Antes de asesinarlo, lo torturaron y lo obligaron a retractarse de su literatura: “En lo que respecta a los cuentos de Odessa, éstos reflejaban sin duda el mismo deseo de alejarme de la realidad soviética... Nuestro amor por el pueblo era retórico y nuestro interés por su destino una categoría estética. No teníamos raíces en el seno del pueblo, y de ahí provenía la desesperación y el nihilismo que propagábamos”. Según la versión oficial soviética, Bábel había muerto en un campo de concentración en Siberia, el 17 de marzo de 1941. Catorce años después, al ser “rehabilitado”, el fiscal militar Dólzhenko reconoció que “la orden de arresto se redactó el 23 de junio de 1939, es decir, treinta y cinco

Novedades



Todas las huellas. Tres novelas breves.
Santiago Andrés Gómez
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2013

días después de haber detenido a Babel”.

Solo hasta 1990, gracias a su segunda esposa, A. N. Piroshkova, se pudo leer una edición no censurada de la obra de Babel, y en *At His Side (A su lado)*, sus memorias, el mundo conoció las circunstancias concretas de su arresto: “Cuando acabaron de requisar la habitación de Babel, guardaron todos sus manuscritos en carpetas y nos ordenaron que nos pusiéramos los abrigos y nos dirigiéramos al auto. ‘No me dejaron terminar’, me dijo Babel”. No lo dejaron terminar dos novelas empezadas, traducciones y varios relatos. Y desaparecieron para siempre sus cuadernos de notas y cartas personales a su mujer. Pese a todo, los censores del régimen de Stalin no pudieron evitar que con su breve obra (*Caballería roja, Diario de 1920 y Cuentos de Odessa*) Isaak Babel se convirtiera en uno de los grandes escritores del siglo xx. Para Antonio Muñoz Molina, *Diario de 1920* es auténtica literatura de no ficción, equiparable a las cartas de Franz Kafka, a los libros testimoniales de Primo Levi y a las memorias de Nadezhda Mandelstam: “Isaak Babel es de esos autores cuya obra poderosa y esquiva hace poner en duda las clasificaciones o las categorías de lo literario”. En *Genios*, un mosaico de cien mentes creativas y ejemplares, Harold Bloom lo considera un cuentista de la talla de Maupassant, Chéjov y Borges, y un judío muy peculiar: “No debemos pensar en él como una víctima porque sus mejores cuentos trascienden la

victimización y no hacen concesión alguna a los antisemitas. No lo recordaremos como ironista sino como el celebrante cómico de la personalidad de Benia Krik, ‘el rey’, y de los judíos de Odessa, los judíos joviales e intrépidos del sur, efervescentes como vino barato”.

Isaak Emmanuilovich Babel nació en Odessa en 1894, lo cual quiere decir que es heredero de varias culturas: la judía de su casa, la rusa en la que vivió y estudió, y la francesa que le transmitió un profesor francés del colegio. Por cierto, uno de sus relatos más bellos se llama *Guy de Maupassant*, y en él se puede apreciar la elegancia de su frase, su precisión, su concisión, su maravilloso equilibrio entre ironía y lirismo: “Entonces le hablé del estilo, del ejército de las palabras en que se manejan toda clase de armas. No hay hierro que pueda penetrar de forma tan fulminante en un corazón humano como un punto colocado a tiempo”. Odessa era un asentamiento judío, pero además de gueto era también un puerto, una ciudad alegre y soleada, cosmopolita y libre, y mucho de ese espíritu quedaría impregnado en su personalidad y en su obra. Aunque muy pronto la abandonó para irse a vivir a Petersburgo, donde conoció a M. Gorki, quien le publicó por primera vez en su revista *Crónica*.

Babel compartió cautiverio con Ossip Mandelstam, pero, a diferencia del poeta, él fue víctima del comunismo soviético que de alguna manera creía en el régimen y trató de justificarlo hasta último momento, hasta que

las evidencias en contra fueron contundentes. Incluso llegó a creer que había “revolucionarios buenos” y “revolucionarios malos”. Su caso, el del revolucionario que quiere congraciarse con el régimen y luego se retracta, se parece al de Heberto Padilla bajo el régimen cubano en 1967. La adhesión que no es suficiente y el arrepentimiento: un modelo repetido en los sistemas comunistas y que por su connotación religiosa parece tomado de la Inquisición. No obstante las similitudes, la censura soviética de la época estalinista, a la que históricamente pertenece Babel, siempre me ha parecido única por su devoción a la literatura. Me explico: a Fidel Castro no le gustaba que un escritor hablara mal de él y de su dictadura, pero el tema no lo desvelaba, como a Stalin. Este creía firmemente que su lugar en la historia podía peligrar por lo que escribieran autores “importantes” como Babel o Mandelstam. El célebre *Epigrama a Stalin* de Mandelstam lo hería en lo más hondo, en particular este verso: “Sus dedos gruesos como gusanos sangrientos”. Hasta último momento guardó la esperanza de que se retractara y le escribiría un poema “justo”, a la medida de su gloria. Es un poco absurdo decirlo: Stalin creía en el poder de la literatura —de la buena literatura— y sabía reconocer a los buenos escritores. Hay algo siniestro y conmovedor en eso: los mataba pero los valoraba como el que más. Si Babel o Mandelstam hubieran vivido, como Coetzee, bajo el régimen censor del *apartheid*, los hubieran calificado de ser autores

“demasiado literarios” y hubieran eludido la censura y sobrevivido, según nos cuenta el Nobel sudafricano que le ocurrió a él. La vida o el desprecio: cada tiranía tiene su manera de valorar la literatura. Parece un dilema demoníaco aunque, dirán algunos, preferible a la indiferencia del capitalismo. ■

lfafanador@etb.net.co



Joe Matt, todo un cabrón

ÁLVARO VÉLEZ

Pocos dibujantes de historietas generan tanta repulsión y tanta atracción a la vez. No es contradictorio, Joe Matt (Filadelfia, 1963) es un dibujante que logra plasmar en sus cómics buena parte de sus vivencias y lo hace con una desfachatez desmedida: se muestra como un egoísta, como un enfermo sexual, como un manipulador. Eso es precisamente lo fascinante de Joe Matt: que además de que cuenta muy bien sus historias en cómic es capaz de mostrar todas sus dimensiones como ser humano, y de hecho en algunos pasajes de sus historietas, en

donde se excede con su comportamiento negativo, logra ganarse toda nuestra atención.

Una de esas historietas es *Pobre cabrón* (*The Poor Bastard*, editado en español por Ediciones La Cúpula, 2008), una recopilación de cómics, dibujados en la década de los noventa, que recogen parte de la vida de Joe Matt. Se trata entonces de una más de las historietas autobiográficas, que ya se han convertido en todo un género en el mundo de las narraciones dibujadas. Aunque, siendo justos, es una autobiografía muy particular, porque Joe Matt se retrata como todo un cabrón: utiliza sexualmente a su novia, discute constantemente con ella, y la explota económicamente mientras él mismo finge trabajar mucho dibujando. Siempre quiere algo mejor pero no está dispuesto a luchar por ello, y por eso piensa que el mundo está contra él. Todo el mundo alrededor de Matt es un obstáculo para obtener la fama y la fortuna que él cree merecer; mientras tanto sueña con poseer otras mujeres y se la pasa masturbándose de manera compulsiva y tratando de conseguir un poco de amor, el mismo que él le niega a su abnegada novia.

La relación con su novia dura más de lo que uno podría imaginarse, a pesar de los abusos de Matt, y por fin termina. Para el dibujante empieza un periodo de soledad, de onanismo aún más extremo, de la búsqueda de un amor ideal que nunca llegará: una obsesión por mujeres asiáticas, que hará que pierda oportunidades con otras chicas amables y atractivas.

Eso es lo que más sorprende de Joe Matt, que sea capaz de dibujarse a él mismo en las peores circunstancias, en donde es él quien carga con toda la culpa de las malas situaciones en las que se ve involucrado. Es un niño grande egoísta, desordenado, emocionalmente caótico, en la ruina económica, sin muchas ganas de sentarse a trabajar y culpando a todo el mundo por las desgracias que él, con creces, ha provocado. Además, y para colmo, se autocompadece constantemente. Todo un pesado.

La repulsa por el personaje que Joe Matt ha creado tiene también el atractivo por el objeto mismo de la creación. El trabajo de Matt es llamativo no solo porque es capaz de narrar las historias que cuenta, sino también porque las sabe contar muy bien y además lo hace con un dibujo que recuerda un poco esas historietas *underground* de la década de los sesenta (con Robert Crumb a la cabeza. Quien, de hecho, es amigo de Joe Matt); y es porque Matt, al igual que Chester Brown o Seth, es heredero directo de los padres del cómic de los años sesenta, no solo por el asunto estético sino, sobre todo, por los temas que tratan en sus historietas, con los que tienen la libertad de contar todo lo que les viene en gana.

Hay una particularidad interesante en *Pobre cabrón*, un asunto que también se puede ver en algunas obras de Chester Brown y Seth: la amistad de estos tres dibujantes. En *Pagando por ello* (Ediciones La Cúpula, 2011), el libro de Chester Brown sobre la prostitución en Toronto (Canadá), podemos

apreciar unos pasajes en donde Brown se reúne en un café con Seth y Joe Matt, y los tres hablan de sus asuntos en general y del tema del libro de Chester Brown en particular, como amigos y colegas. Esto sucede también en el libro *La vida es buena si no te rindes* (Editorial Sins Entido, 2009), de Seth, quien comparte charlas con Brown y Matt. En *Pobre cabrón*, Seth y Chester Brown recriminan constantemente a Matt por su vida licenciosa y egoísta, en la pizzería o en el café tratan de alentarlo para que consiga una novia a su alcance, para que organice sus finanzas, para que deje un poco su egoísmo. Es grato encontrar en los tres libros conversaciones, discusiones y ratos de café de los tres amigos y colegas dibujantes, en la ciudad de Toronto.

Lo que no es muy grato es el personaje de sí mismo que se ha creado Joe Matt: simplemente un perdedor. Y como tal no tendrá redención, por eso lo vemos en las últimas páginas de *Pobre cabrón* comiendo espaguetis en la cama y presto a ver un video, en VHS, titulado “Koños en Kimono”. Quizá esa repulsa es porque, en ciertos aspectos, nos sentimos identificados con él y no lo queremos reconocer. Quizá el atractivo radique en que nos gusta enterarnos de que alguien vive en peores condiciones que nosotros, o que simplemente “yo vivo mejor que él”. Sin embargo, no hay que olvidar que, a pesar de ser una autobiografía, ahí también hay un montón de ficción. ■

truchafrita@gmail.com



Frases de cajón

LUIS FERNANDO MEJÍA

Las frases facilonas y pre-
visibles, de cajón, nunca
han gozado de prestigio. Decir que una pareja se separó por incompatibilidad de caracteres, que una viuda merece un sentido pésame y que un crimen debe ser investigado exhaustivamente, constituyen actos reflejos con los que los seres humanos se van dotando en el tiempo para facilitar su relación con el prójimo. Es decir, para sobrevivir con el otro.

Los curiosos, es decir, todos los individuos provistos de razón, siempre queremos saber los detalles de los detalles por los cuales dejaron de ser marido y mujer unos vecinos normales que hacían mercado cada quince días. No basta con informar que se independizaron el uno del otro. No, hay que averiguar por qué. Y bajo esta presión social no queda sino atrincherarse con una frase de legítima defensa personal y una afirmación seca: por incompatibilidad de caracteres.

Los muertos les duelen en el alma a muy pocos. Pesar, tristeza o congoja son sentimientos muy

exclusivos del círculo más cercano del difunto. Pero algo hay que decirle a una viuda o a un hijo bañado en lágrimas. Parece impertinente preguntarle cómo está, ante la evidencia; tampoco es aceptable decirle que es un gusto verlo en una circunstancia tan desgraciada. La humanidad, entonces, recomienda en estos casos darle un sentido pésame al doliente, y despachada la dificultad.

Los crímenes no cesan, crecen. Los funcionarios encargados de resolver estos asuntos no dan abasto. Les es materialmente imposible atender de manera profesional todos los delitos en una sociedad que no parece diferenciar entre lo permitido y lo prohibido. Pero los funcionarios no se pueden declarar impotentes, ello sería renunciar de antemano a la justicia. No les es dable manifestar que dejan la investigación y el castigo a los culpables en manos de Dios. Lo correctamente político es sostener en público que el crimen será investigado exhaustivamente.

Todos somos víctimas o portadores de las frases de cajón. Son absolutamente útiles. No siempre se puede andar con la verdad. Es imposible ser originales o auténticos las 24 horas del día. Terminaríamos exhaustos. Muchas verdades son muy incómodas o muy largas. Eso de que la verdad nos hará libres no aplica en todos los casos, en especial en aquellos escenarios sociales en los que se han consolidado determinadas expresiones, aforismos, dichos o simplemente palabras comodines que obedecen a la necesidad de callar hablando.

Cómo no va a ser muy larga la explicación de las causas más profundas de un divorcio. Se puede empezar narrando la infancia de cada una de las partes. Ahondar en sus presuntos o reales traumas ocasionados por los respectivos padres. Detenerse en las creencias religiosas o en los prejuicios de los integrantes de la pareja hasta, después de varias estaciones más o menos significativas, llegar al sabroso tema de la vida sexual de los pobres fulanitos, sobre los que se han pregonado, a estas alturas, diversas y amañadas conjeturas. Y por más esfuerzos sinceros por contar todo, no falta quien pregunte por más y más historias o fantasías sobre tal ruptura amorosa, como si fuera la primera en la historia del ejemplar humano.

Resulta igualmente incómodo llegar a un velorio y decirle a la viuda que no se preocupe, que en Antioquia corre la frase, desde hace tiempo, de que “envidar es mejorar” y que muchas felicitaciones. Descartados los saludos tradicionales, también es engorroso quedarse mudo frente a un hijo desconsolado. Algo hay que imaginar frente a un doliente, pero para qué inventar lo inventado. Basta con balbucear un sentido pésame e intentar un abrazo. Esto es de mejor recibo que actuar con una inservible franqueza o exhibir una provocadora indiferencia.

Larga vida se le auguran a las frases de cajón, aunque se mantenga viva la oposición a ellas. Pero el que no haya hecho uso de estas discriminadas

locuciones que tire la primera piedra. Por supuesto, los que más hablan tienden a incurrir con mayor frecuencia en estas desacreditadas conductas del lenguaje. Claro que los sujetos silenciosos dejan transcurrir sus vidas cavilando sobre la razón de ser de todo, hasta de las frases de cajón.

Solo queda pedir comprensión y misericordia para aquellos que se expresan pegando, una tras otra, las frases de cajón. Se nos olvida que todo ser humano goza del libre desarrollo de la personalidad, lo que incluye el derecho a emular a los líderes políticos y religiosos. **U**

lfmejia@udea.edu.co



En 1935 la publicación de la Universidad de Antioquia comienza su numeración y se llama *Revista de la Universidad de Antioquia*. Ha tenido momentos memorables y épocas opacas. Gonzalo Arango le hizo fuerza en los años cincuenta, y en la última década ha logrado ser, milagrosamente, una revista cultural importante. Después de la *Revista Javeriana*, que es de 1933, es la revista activa más antigua del país.

[...] Pero el otro aspecto es que las publicaciones tienen que tener hoy un profesionalismo, una calidad, que no es fácil de lograr. De todas las revistas generales universitarias, la única que me parece consistentemente bien hecha es la de la *Universidad de Antioquia*. ¿Qué pasa en las demás? Que se publican materiales que espantan al lector por su irrelevancia, por la jerga en que están escritos, por la pobreza literaria de los textos.

“Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia”

Jorge Orlando Melo